

TARDE XX

LA CORRECCION

Caprichosa insoportable,
Que el consejo paternal
Desoyes, que irracional
Eres cual fiera indomable,
Y en vez de escuchar afable
Una amorosa leccion,
De aspereza y rebelion
Sueles hacer vil alarde ;
¡ Ay de ti si llega tarde
La debida correccion !

Adela encerrada en su cuarto sin que se la permitiese salir ni aun para concurrir á la mesa, expiaba la falta de haber disputado con su hermano, sin tener mas testigo de sus lágrimas y su arrepentimiento que la buena Marcela, que la amaba ciegamente, y sentia tanto como Adela misma su prision; y para terminar las penas de su hija, que así la llamaba, rogó á Mr. de Lonchamps que obtuviese de Palemon la libertad de su querida : aceptó aquel con mucho gusto el encargo, y en presencia de los tres muchachos pidió á su antiguo amigo la libertad de la jóven prisionera : descendió Palemon, y á breve rato se presentó Adela encarnada como una rosa, y se arrojó á los brazos de su padre derramando un torrente de lágrimas. Hija mia, le dijo este buen padre, no llores, olvida como yo tus faltas ; las has expiado, y no debes pen-

sar mas en ellas, evitando por todos los medios la necesidad de que las recuerde. Agradece á este caballero el perdon que has obtenido ; colócate junto á tus hermanos, y vive segura de que nada has desmerecido en mi ternura y confianza, persuadido de que no volverás á abusar de ellas.

Adela quiso protestar de su arrepentimiento; pero los sollozos ahogaron su voz : su padre la abrazó, sus hermanos la rodearon y enjugaron sus lágrimas, y en breve la satisfaccion de verse reunida á la familia restablece la general alegría.

Faltaba otra gracia que pedir, y era la de Benito; pero su padre se mantuvo inflexible, y aun estaba de acuerdo en esto con Mr. de Lonchamps : en vano Adela y sus hermanos se empeñaron con este para que templase el enojo de su padre, porque Mr. de Lonchamps se resistió á sus ruegos diciéndoles, que lo que le habian contado del carácter indócil de Benito le determinaba á no mezclarse en semejante asunto. Fué, pues, necesario esperar del tiempo lo que no se podía alcanzar de la amistad ni de la ternura paternal. Consoláronse los niños, y por la tarde se reunieron los cuatro en el terrazo, donde suplicaron á Mr. de Lonchamps que les contase alguna historia por el estilo de la del puente de Brioude. Ya se supone que los tres muchachos habian referido á su hermana todo lo ocurrido en su ausencia, de modo que tenia la misma curiosidad que sus hermanos; se interesó juntamente con ellos para que aquel caballero les hiciese alguna agradable narracion de lo que habia oido y visto en sus viajes. El amable viajero no se hizo de rogar, y refirió lo que sigue :

Conocí en Languedoc á una mujer anciana, á quien habian sucedido cosas muy particulares. Escuchad, amables niños, y convendréis conmigo en que la Providencia, que lo arregla todo, ha proporcionado consuelos á los desgraciados, aun en las circunstancias mas críticas de la vida, y que el hombre nunca experimenta mas males que los que puede sobrellevar.

Benita ó la casa subterránea.

No muy distante de la ciudad de Aviñon, á la entrada de un sombrío y espeso bosque, habia un castillo muy antiguo, cuya parte baja fué construida por los romanos, segun decian. Habitaba en él un anciano respetable con su mujer, y una hija de quince años muy linda; pero por desgracia, de un carácter altivo, duro é intratable, por lo cual Benita, que así se llamaba esta jóven,

se hacia insufrible aun á sus mismos padres, que no tenian otro hijo, y fundaban en Benita las esperanzas de su ancianidad. ¡ Vanas ideas ! La niña, al posa que crecia en edad, crecia tambien en envidia, indocilidad y sobre todo en orgullo. Veinte veces al dia se encolerizaba con los criados y hacia que los reprendiesen, ó los reprendia ella misma con una aspereza insoportable. Por mucho que los padres la reconviniesen por su conducta, y aun castigasen, volvía á incurrir en los mismos defectos : en fin, no habia fuerza para aguantarla ni se podía esperar que mudase de carácter.

Bien conoceréis, queridos, cuán desagradable será el tener siempre á la vista una hija semejante. Si el orgullo, la envidia y la indocilidad son cualidades odiosas en el hombre, lo son mucho mas en la mujer que debe aparecer modelo de dulzura y de sensibilidad. Era pues Benita tan mala, que todos la detestaban, y por último sus padres tomaron el partido de separarla de su lado. Hija mia, le dijo su padre un dia, tú has despreciado todos nuestros saludables consejos, los castigos no han bastado á corregirte; por esta razon nos es imposible tenerte en nuestra compañía. Si los bienes que poseemos te han inspirado tanta altivez y soberbia, desde ahora no cuentes con ellos : ya no tendrás quien te sirva; aprenderás un oficio, y entrarás en la clase de las personas laboriosas que trabajan para vivir. Mañana, luego que amanezca, Campagne te llevará á casa de una costurera de Aviñon : allí aprenderás lo que gustes, en inteligencia de que con el trabajo de tus manos solo has de mantenerte : no cuentes ya con nosotros. Por nuestra parte, poco trabajo nos costará el olvidarnos de semejante hija, pues ella hace mucho tiempo que se ha olvidado de que tenia un padre y una madre demasiado buenos é indulgentes. Nosotros nos ausentamos ahora mismo, y nunca llegarás á saber el lugar de nuestra residencia : Á Dios.

Benita, confusa y humillada, no pensó en arrojarle á los piés de sus padres para enternecerlos en su favor; pero se puso pálida, se mordió los labios de rabia, y pronunció entre dientes algunas expresiones groseras, que no oyeron sus padres, porque ya habian bajado la escalera; Benita los vió subir á un coche cargado de maletas y varios efectos, y séguidos de todos los criados, á excepcion del conserje y Campagne, el terrible Campagne, encargado de unas órdenes secretas que la atemorizaban. ¿Qué hará? no puede seguir á sus padres, y se resuelve á examinar al conserje, del cual no recibe la mas mínima explicacion, porque todo

lo ignora. Campagne solo es el que todo lo sabe, pero precisamente es el criado á quien mas ha maltratado, y mil veces ha hecho todo lo posible para que fuese despedido; por lo cual debia presumir que no se dejaria vencer de sus lágrimas ni de sus ruegos.

Hé aquí, pues, á Benita sola, abandonada, sondeando el espantoso abismo que ve abrirse ante sus ojos: ¡ella costurera!... ¡Ah! solo el nombre de un estado que le parece despreciable, le causa un disgusto insufrible; preferiria la muerte á semejante partido... pero esto de morir es demasiado duro: ¡si pudiese huir de una casa con la que ya no tiene relacion alguna!... pero ¿adónde irá? ¿quién la mantendrá? será forzoso trabajar continuamente, y para ella la labor es un suplicio. En estas agitaciones pasa aquella noche, y la aurora la sorprende en tan tristes pensamientos. Todavía no ha visto á su conductor Campagne á quien ántes detestaba, pero que ya no es el mismo á sus ojos, pues solo ve sus buenas cualidades; es un hombre de edad madura, bueno, humano, generoso, que la queria mucho cuando era muy niña, y la traia siempre entre sus brazos: aunque tanto le ha perseguido, no será inflexible; le dirá dónde han ido sus padres; correrá á verlos; se arrojará á sus piés; les prometerá ser en adelante mas amable, y volverán á admitirla, perdonándole cuantas faltas ha cometido: ¡ah, cómo las reconoce ahora! ¡cuánto se arrepiente! pero nada puede hacer: es preciso esperar á Campagne, y procurar conmoverle. Tales son las ideas y proyectos de Benita que todavía conserva alguna esperanza.

Por fin se presenta Campagne y le dice: Señorita, vamos. — ¿Adónde? — Ya lo sabréis. — ¡Campagne! — ¿Señorita? — Por favor... tú sabes adónde han ido mis padres; dímelo por Dios: dímelo. — No puede ser. — Mira, yo conozco que te he tratado mal muchas veces; olvida mis excesos, y vuélveme á la presencia de mis padres. — ¡Hola! ¿conque ahora os arrepentís? ya es muy tarde; por mi parte no puedo hacer nada, nada absolutamente: me es preciso cumplir con las órdenes de mis amos; y así, debo llevaros á Aviñon, y dejaros allí para nunca volver á veros. — ¡Campagne!... — No, señorita; no entiendo sino de hacer lo que me han mandado: preparaos al viaje, que dentro de una hora nos pondremos en camino.

El criado se retiró, Benita quedó deshaciéndose en lágrimas; in embargo, no tardó en dejarse arrebatarse de su carácter altivo: senjugó su llanto, se levantó espechada, y se dispuso á la mar-

cha diciendo: No importa; ya no tengo padre ni madre; todos son conmigo crucies: iré... veré... el cielo no me abandonará, y acaso me ofrecerá medios... ¿pero qué medios?... Volvia ya á su primera afliccion, cuando apareció Campagne con una maleta, un baston y todo el aparato de un caminante. Daremos una idea de Campagne, encargado de Benita. Este era un hombre de mas de cincuenta años, y no le faltaba talento y educacion: bueno, fiel y complaciente, llevaba treinta años de servicio en casa de Benita; la habia visto nacer; la habia amado... la amaba todavía: sentia mas que ella la terrible experiencia á que la condenaban sus padres, pero la aprobaba porque esperaba por este medio que se verificase un cambio total en su señorita; era juicioso, y tenia la suficiente firmeza de carácter; sabia que el ministerio que se le habia confiado exigia prudencia y aun rigor: Campagne era el único que podia contribuir al logro de los proyectos de su amo, que le apreciaba. ¡Oh, cuánto estimaba este buen criado la confianza con que le distinguian! ¡Cómo se proponia coresponder á ella! Tal era Campagne, tal era el hombre honrado que iba á servir de guía á nuestra heroína: sigámoslos, amigos míos, y veamos qué es lo que sucedió.

Campagne intimó á Benita por última vez la órden de seguirle: Benita cogió un paquetito y obedeció temblando. Cuando llegó á la puerta del castillo extrañó no ver algun coche ú otro carruaje, y dijo al criado: ¿Por ventura hemos de ir á pié? — Sí, señora; á pié por lo ménos tres leguas que dista la primera casa de postas, en la que esperaremos el carro de la diligencia, que nos llevará á Aviñon. Benita se resolvió á todo, y siguió á su conductor, haciéndole mil preguntas, á las que aquel contestó con poca ó ninguna claridad.

El sol brillaba con todo su esplendor. Era el mes de Agosto, y la hora de mediodía cuando Benita caminaba. Ya no podia sufrir tanto calor, y la sed la acosaba. Campagne, dijo al criado, quisiera beber agua y descansar un rato, porque me hallo muy fatigada. — Bien, señorita, bien; pero no hay por aquí ni fuente, ni arroyo, ni nada. Yo tambien voy sofocado. El solo partido que podemos tomar, es dirigirnos á los peñascos que veis á nuestra izquierda. Si subimos hasta aquella piedra blanca, podremos entrar en un subterráneo donde hay excelente agua; mitigaremos entónces la sed, y descansaremos á la sombra, disfrutando de la agradable frescura de aquel lugar. — ¿Y habrá fieras en esa caverna, ó algunos otros animales que nos hagan daño? — Nada temáis. Es

precisamente un paraje muy concurrido. Sirve de albergue en las tempestades á los pastores, y á muchos viajeros. — Siendo así, vamos. — Pues seguid mis pasos, señorita, porque el camino desde aquí está un poco enmarañado. Subid por este lado, señorita, que hay ménos pendiente... Ya estamos cerca... ¡ Gracias á Dios que hemos llegado ! — Hermoso sitio para librarse de los ardores del sol en esta hora. — Sí, señorita; pero es forzoso detenernos un rato hasta que nos hayamos sosegado, porque el pasar repentinamente del calor al frio, expondría nuestra salud. Sentaos á la sombra de estas peñas. — Bien, Campagne, hagamos lo que tē parezca. Despues que se hubieron sosegado, pasaron adelante. Á pocos pasos vieron claridad, y esto les animó á continuar sin miedo. Dieron vueltas y revueltas por el subterráneo, que parecia estar iluminado á causa de las lumbreras por donde penetraba el sol, y llegaron por fin á una fuentecilla : Campagne y Benita bebieron con mucho placer. Señorita, dijo Campagne, pues estamos en tan hermoso sitio, si os parece podemos comer de la corta provision que traigo, y así descansaremos mas tiempo. Mucho se alegró Benita de tan buen acuerdo.

Despues que comieron, se dispuso salir del subterráneo para continuar el viaje : retrocedieron, dieron vueltas y revueltas; pero sin duda este lugar era un laberinto, pues no encontraban por donde salir de él. ¿ Es posible, dice Campagne, que no hemos de hallar el sitio por donde entrámos ? ¡ Bueno fuera que despues de tantos siglos como se ha conservado intacto, le hubiera dado gana de terraplenarse alguna parte dejándonos encerrados ! Todo puede suceder. Se ven cosas que nadie las pensara. ¡ Vaya ! y esto debe de ser indudablemente, porque ya estamos cansados de andar, y ninguna abertura encontramos para salir. Por las claraboyas que le iluminan, no es fácil; ¿ cómo es posible que nosotros prepemos tan alto ? ¡ Dios mio, Dios mio ! ¿ nos veremos obligados á permanecer en este sitio, y morir en él de hambre ? — ¡ Ay ! Campagne, ¿ si será este lugar un abrigo de ladrones, y tal vez ellos nos hayan interceptado el paso ? — Señorita, no sé qué decir, aunque nunca he oido hablar de eso.

Benita lloraba, clamaba al cielo y Campagne procuraba consolarla lo mejor que podía. Volvamos atras, la dijo : registrémoslo todo; veamos si por otro lado encontramos salida. Miétras caminan, Campagne distrae á Benita diciéndole que aquel subterráneo es obra de los romanos, señores en otro tiempo del país; que es maravilloso, que nada han ponderado las personas á quie-

nes ha oido hablar de él, con otras mil cosas que juzgó convenientes. Llegaron otra vez á la fuente, la cual naciendo de un peñasco formaba un arroyuelo que, serpenteando entre menudas piedras, corria rápidamente por el declive del terreno : nuestros viajeros siguieron la direccion del arroyo, esperando que por alguna abertura saldrian sus aguas al campo; pero se equivocaron; las aguas del arroyo se perdian por imperceptibles conductos. En este paraje advirtieron que la bóveda del subterráneo era mucho mas alta que por todo lo demas donde habian caminado. Á favor de las lumbreras que le daban claridad, les pareció ver una casa á no muy larga distancia : se aproximaron, y en efecto lo era; constaba de dos pisos muy bajos : tenia puertas, ventanas, y hasta chimenea, cuyo respiradero penetraba todo el alto. Atónito admiró Campagne tan raro edificio, y agradeció á la Providencia el haberles proporcionado á lo ménos un asilo seguro donde podian albergarse sin temor de sorpresas, y descansar el tiempo necesario para cobrar fuerzas y registrar de nuevo aquel sitio, buscando los medios de salir de él; pero aun no lo habian visto todo : salieron de la casa para examinarla detenidamente por fuera y se hallaron mucho mas sorprendidos al notar grabadas en una piedra las palabras siguientes :

Caminante extraviado, si la desgracia te conduce á este asilo, aprovechate de lo restante de las provisiones de un infeliz que aquí ha vivido treinta años. Busca, trabaja y vivirás.

Esta inscripcion les dió mucho ánimo : les decia que buscasen y trabajasen. Al instante tomó Campagne de la mano á Benita; entraron otra vez en el edificio, y registraron los rincones mas secretos. Efectivamente, hallaron en la sala baja una considerable cantidad de harina, un horno para cocer pan, todo género de utensilios caseros, y porcion de leña. Si nos vemos, dijo Campagne precisados á vivir aquí por largo tiempo, á lo ménos no nos moriremos de hambre. Benita, que un momento ántes temblaba de espír de necesidad en esta prision, cobró aliento. Apretó la mano á Campagne, y prometió ayudarle en cuanto sus fuerzas se lo permitieran. Bien, hija mia, bien, le dijo este fiel criado. Lo que mas nos interesa ahora, es preparar algun alimento y despues registraremos los rodeos confusos de esta mansion, de la que mas ó ménos tarde podremos salir : no hay que desesperar.

Dicho esto se puso á encender fuego, y pasó largo rato en calentar el horno : entre tanto Benita trae agua : ayuda á su amigo, que convierte la harina en pasta, y pone á cocer un pan grosero,

pero muy necesario, porque ya el hambre los acosaba. Sola la vista del pan que van á comer reanima sus fuerzas abatidas; le miran con ansia, y están dispuestos á devorarlo sin esperar á que se enfrie. Asi pasaron una gran parte de la noche, sin mas luz que la del horno, bien cerrados en aquella habitacion, temblando de miedo al menor ruido que el aire hacia en la caverna.

Despues de cena tan frugal, se quedaron dormidos, y no despertaron hasta muy entrado el dia. Campagne recorrió de nuevo la casa, y á cada instante hacia nuevos descubrimientos. Encontró sacos llenos de toda clase de legumbres; un tonel lleno de manteca y muchas viandas saladas; Benita, al ver tantas provisiones, saltaba de alegría. Hay mas; si el que ocupó este sitio, no se descuidó del alimento del cuerpo, tampoco se olvidó del pasto del alma, reuniendo muchos libros instructivos y morales para direccion del entendimiento y consuelo del espíritu. Libertad y un jardin era lo que únicamente faltaba en este lugar, porque las demas comodidades de la vida se encontraban en él con abundancia. Campagne, despues de haber examinado todas sus riquezas, tomó de la mano á Benita, y fueron otra vez á registrar las largas calles del subterráneo; pero temiendo perderse en ellas, ó no volver á hallar su querida casa, hacian señales en los ángulos de las que recorrian. Su exámen fué tan infructuoso como el anterior. Volvieron á su casa, y prepararon para alimentarse algunos manjares que comieron tristemente. Despues de comer hicieron nuevas investigaciones, y todas inútiles: entónces Campagne dirigió á Benita las razones siguientes:

Ya veis, hija mia, que nos es imposible salir por ahora de tan lóbrega morada; yo, aunque sin merecerlo, solo por haberos seguido, obedeciendo á vuestros padres, voy á sufrir tan cruel destino: paciencia: os debo todos mis cuidados, atendida la flaqueza de vuestra edad; pero vos tambien me debéis toda vuestra docilidad: permanezcamos aquí, pues el cielo lo ordena, hasta que él mismo nos proporcione la salda: entre tanto, hija mia, será preciso que os sirváis vos misma, y que me ayudéis á trabajar. Aquí no hay amo ni criado: la desgracia ha igualado nuestras condiciones: voy á serviros de padre; bien conoceréis que no os sufriré lo que él os sufria: exijo de vos la mayor dulzura, y experimentaréis de mi parte la mayor condescendencia y el mas fino afecto. Ya veis á qué estado nos ha conducido vuestra indocilidad: nos ha separado de vuestros padres, y aun de todo el mundo. Quiera Dios que esta desgracia y sus consecuencias produzcan

en vuestra alma un amargo y sincero arrepentimiento, y que se cambie enteramente vuestro carácter altivo y obstinado. No llorés, Benita, y miradme en adelante como á un padre tierno y sensible, que quiere perfeccionar vuestra educacion, corrigiendo vuestros defectos, para haceros digna de la sociedad, si alguna vez podemos volver á ella.

Benita, penetrada de dolor, se arrojó á los brazos de su amigo: le prometió la mayor sumision, y le pidió perdon de la desgracia que por su culpa experimentaba. Campagne se enterneció, la abrazó, y desde el mismo instante buscó los medios de arreglar la habitacion para pasar con ménos trabajo todo el tiempo que se vieran precisados á vivir allí. Dispuso dos camas, que colocó en aposentos separados, para lo cual no le faltaban colchones ni sábanas: tambien halló alguna ropa blanca en un armario, y quedó á cargo de Benita el lavarla en el arroyo, componerla y guardarla; tambien debia atender á las menudencias de la cocina, cuya manejo era preciso que aprendiese: á todo se prestó con la mayor complacencia; cuanto se le encargaba, tanto cumplia con una docilidad y aplicacion que alegraban el corazon del buen Campagne. En los ratos ociosos se aprovechaba de los libros; y por este medio se instruia y perfeccionaba en sus deberes: en una palabra, su carácter se mudó enteramente. Ya no era aquella señorita imperiosa, que despreciaba á todos, y los creia dichosos por dejarse servir de ellos: era una jóven dulce, aplicada, tierna y tan amable, que apetecia con ansia las ocasiones de servir á su compañero y ayudarle en todos sus trabajos. ¡ Ah! ¡ Cuán cierto es que no hay raejor escuela que la desgracia!

Veia Campagne con el mayor placer tan deseada mudanza; y así ponía todo su conato en divertir á su discípula en aquella melancólica soledad: le contaba mil historietas, inventaba juegos, y jugaba y corria con ella por las calles del subterráneo. Muchas veces hacian juntos investigaciones en aquel laberinto, porque nunca desesperaban de salir de él: jamas habian podido hallar la boca de la caverna por donde entraron, ni otra alguna: solo encontraban várias calles cerradas en sus extremos con escombros y fragmentos de peñascos amontonados. Benita habia aconsejado á su amigo que trabajase en quitar aquellos escombros, á fin de ver si hallaban salida para el campo, pero Campagne graduaba de impracticable este proyecto; con todo, le quedaba una esperanza sola, y era que al fin de una de las avenidas que conducian á la casa habia hallado una enorme puerta de hierro, que

sin duda era salida para el campo; pero ni tenia llave, ni instrumentos proporcionados para abrirla ó romperla. Muchas veces se ponian junto á ella á escuchar por si oian gentes, y llamarlas para que los socorriesen; pero jamas percibian el menor ruido, por lo que presumian que esta puerta comunicaba á otros subterráneos. Acaso el solitario á quien reemplazaban tenia la llave, y tal vez por allí iria á buscar sus provisiones; pero no habia dejado escrito su secreto, y se veian reducidos á gemir y esperar...

¡ Esperar ! la perspectiva era terrible : si los víveres llegaban á faltarles, era preciso morir de hambre. Benita los economizaba, pero comunicaba varias veces sus temores á Campagne, quien se esforzaba en tranquilizarla : entre tanto ella estudiaba, trabajaba, y cada dia se hacia mas perfecta. Sin embargo, la melancolía se descubria en su semblante : pensaba en sus padres, los llamaba, suspiraba por ellos, y no podia perdonarse sus defectos. Su amigo, en estos ratos de tristeza, enjugaba sus lágrimas, y la animaba á esperar que algun dia se veria en el seno de su familia : la muchacha le abrazaba, y se consolaba leyendo ó jugando con él.

Ya habian pasado cerca de un año en esta triste soledad, y aunque Campagne siempre encontraba nuevas riquezas en la habitacion, las provisiones disminuian considerablemente. Entónces fué cuando los pesares de Benita se hicieron mas crueles : muchas veces iba á las orillas del arroyo, allí con sus limpias aguas mezclaba sus lágrimas, y se entregaba á todo el exceso de su dolor. Un dia que habia llorado amargamente sobre su suerte, volvió á la habitacion, y se afligió en extremo por no encontrar allí á su amigo. Varias veces habia advertido que desaparecia, sin que ella supiera dónde iba : y cuando le preguntaba á Campagne, este no hacia mas que reirse y decirle que no tuviese cuidado; pero esta vez se aseguró bien de que no estaba en la casa : ¿ pues dónde estará ? Á su sorpresa se siguió el espanto : temblaba de quedar abandonada : llamó, gritó, y nadie la respondió ; ¡ pobre muchacha ! ¿ quedarás efectivamente entregada á los horrores de la soledad ? Un amigo ingrato y aun bárbaro, ¿ te habrá abandonado ? ¡ pobre muchacha ! ¡ cuánto me conmueven tus inquietudes !

Llora Benita, y exclama : ¡ Oh amigo mio ! ¡ oh tú que me servías de padre en la tierra ! ¿ habrás abandonado á tu Benita ? ¿ á tu hija adoptiva ? ¿ Qué motivo te ha dado para que la aborrezcas y huyas de ella ? Su corazon está mudado ; tú has formado su carácter ; ella te ama ; ¡ y tu la abandonas ! ¿ qué digo !... no, no es

posible que hayas podido dejarla sola en este funesto albergue : sin duda algun accidente... ¿ pero cuál puede haber sido ? Nadie ha comparecido en este sitio : en estas bóvedas solo han resonado hasta ahora nuestros gemidos... ¡ ah ! ¡ yo he perdido mi amigo, mi apoyo, mi consuelo ! amado padre, dulce madre mia, ¿ qué hacéis ? ¿ en dónde estáis ? ¡ que no podáis venir á socorrer á vuestra hija abandonada por su amigo, así como vosotros la abandonasteis en otro tiempo ! ¡ Oh ! ¡ si pudieseis conocer su arrepentimiento, y oir sus dolorosos acentos ! ¡ padre !... ¡ madre !... ¡ amigo !... ¡ todo el mundo se ha alejado de mí ! nadie puede consolarme. Apenas acabó de pronunciar estas palabras cuando vió moverse un armario arrimado á la pared, detras del cual habia una puerta. ¡ Oh Dios ! ¡ qué objetos se presentan en ella á los ojos de la feliz Benita ! Su padre y su madre seguidos de algunos criados con faroles ; Campagne los acompaña, y exclama : Vedla : ahí tenéis á vuestra hija, muy digna ahora de serlo.

Sin saber cómo, se halló Benita entre los brazos de sus padres, que la llenaban de caricias, diciéndole : El tiempo que te hemos hecho padecer ha podido mudar tu carácter ; quedarás bien recompensada de las penas que has sufrido, recobrando toda nuestra ternura.

Benita estaba como petrificada : no podia hablar ; solo estrechaba fuertemente entre sus brazos á los autores de su vida, y esperaba que le explicasen lo que estaba viendo. Dejem oseste sitio, le dijo su madre ; te hallas á muy pocos pasos de tu casa ; vuelve á entrar, pues que ya mereces vivir en ella para siempre. La tomó de la mano, la hizo subir por una escalera altísima, y luego se encontró en el jardin y habitaciones de sus padres. ¿ Podré creerlo ? exclama : ¡ oh felicidad ! Pero, madre mia, ¿ qué es esto ? — Voy á decírtelo, hija mia : Sabes que no pudiendo corregir por otros medios los muchos defectos que tenias, y que te hacian odiosa á todos, tu padre y yo determinamos encerrarte, privándote de toda sociedad, exceptuando la de una sola persona que te acompañase ; y nos propusimos darte lecciones instructivas en el encierro, hasta que tu carácter se mudase enteramente. Participamos esta idea al honrado Campagne, que merecia toda nuestra confianza : este se obligó á buscar medios para conducirte al subterráneo, por el sitio que de antemano se habia dispuesto, cuya entrada debian cerrar los trabajadores que al efecto estaban preparados así que ambos estuvieseis dentro, precisándoos de este modo á vivir en él, cuidando nosotros de que no os

faltasen las provisiones, lo que nos era fácil, como has visto; y cualquiera que hubiese reflexionado mas que tú, tendria por imposible que un sitio tan sombrío é ignorado de las gentes ofreciese todas las comodidades que habéis disfrutado por espacio de un año. Campagne tenia orden de acostumbrarte al trabajo y al estudio, y le habíamos trasmitido cuanta autoridad tenemos sobre ti: te ha sido muy provechosa la desgracia en que te considerabas sumergida; tu carácter se ha dulcificado; te has hecho prudente y laboriosa: várias veces al traves del armario por donde nos has visto entrar, te hemos oido discurrir y razonar con el mayor juicio, lo que nos ha servido de infinita satisfaccion: en fin, hija mia, hemos abreviado tu destierro, abriéndote las puertas de la prision, y ve aquí el secreto de tu detencion en la casa subterránea, la cual fué mandada construir por un loco que hace muchos años poseía este castillo, á la que se retiró el pobre señor impulsado de sus manías. Tu padre la compró tambien, y todo el subterráneo, cuyo lugar nos pareció el mas adecuado para nuestro ensayo, por todas las razones que ahora sería inoportuno explicarte, y que verdaderamente me parece excusado, porque tú las puedes alcanzar.

Benita, despues de esta explicacion, abrazó de nuevo á sus padres, deshaciéndose en lágrimas, sin olvidarse de hacer lo mismo con el buen Campagne; y desde entónces continuó siendo un modelo de bondad, de dulzura y de virtudes sociales; yo he conocido á la amable Benita; era ya anciana, y madre de una numerosa familia: ella misma me contó la historia de su juventud; y yo os la refiero para estimularos con este ejemplo á que seáis siempre dulces, honrados y humanos con todos los que os rodean; pues si Benita lo hubiera sido desde los principios, no habria experimentado la terrible prueba de la casa subterránea.

Grande impresion hizo en los muchachos esta historia: Adela, sobre todos, que conocia se la podia aplicar, se puso encarnada como la grana, y se retiró confusa. Los demas solo hablaron de lo maravilloso del suceso.

TARDE XXI

LA DESOBEDIENCIA

De ley divina y humana
Firme base es la obediencia,
Sin la cual fuera demencia
La autoridad soberana.
En su fuerza sobrehumana
Se funda el orden social;
Y el mas deplorable mal
Que ocurrir puede á un estado,
Es cuando se ha relajado
Este vínculo legal.

Solo la ausencia de Benito era la que agriaba los placeres inocentes de los hijos de Palemon, que sobre este particular permanencia inflexible. Habiales ocurrido la idea de arrojarle á los piés del padre á implorar su perdon, pero no se habian atrevido. Tambien habian formado el proyecto de ir á visitar y consolar á su hermano si Palemon llegaba á hacer algun viaje que les diese tiempo suficiente, y como el anciano ni aun sus ocultos pensamientos ignoraba, quiso ponerlos en ocasion de llevar á cabo su idea por ver si podia en ellos mas el amor fraternal que la obediencia.

Mr. de Lonchamps tenia que visitar á un amigo que vivia unas tres leguas distante de la Granja, y persuadió á Palemon que le acompañara: accedió con gusto, y dijo á los muchachos: Hijos